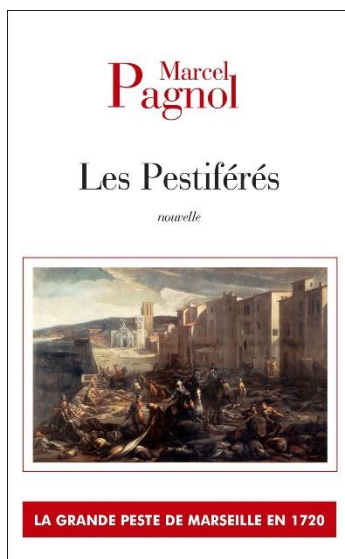


DE LA PESTE CON HUMOR...O SOBRE “LOS APESTADOS” DE MARCEL PAGNOL

Por LÍA MALLOL DE ALBARRACÍN

Cuando todavía resuenan algunos ecos de la pandemia de COVID-19, quisiera volver a hablar sobre la peste. Pero desde una perspectiva muy diferente: desde el humor. Sí, hablar de la peste con humor aunque parezca imposible... Así es presentada en un texto sumamente original del francés Marcel Pagnol titulado “Los apestados”.



Este autor nació en 1895 en Aubagne, al sur de Francia, cerca de Marsella. Falleció en París en 1974. Desde 1946 ocupaba un sillón en la Academia Francesa. Fue un artista multifacético y prolífico: narrador, dramaturgo y cineasta.

Es interesante destacar que Pagnol, quien produjo sus piezas de teatro, sus obras fílmicas y sus novelas entre las décadas de los años 30 y 60 del siglo XX, se mantuvo siempre al margen de las modas intelectuales y artísticas de ese tiempo tan fuertemente marcado por las corrientes del Existencialismo, el Teatro

del Absurdo y la Nueva Novela. Nuestro marsellés no acusó esas influencias. Por el contrario, su producción es notablemente distinta: mediante una rica prosa y una impecable factura más bien clásica dio vida a personajes, historias y diálogos profundamente humanos y, en ese sentido, universales; pero totalmente impregnados de su Provenza natal. Por cierto, es muy posible que este regionalismo constituya la causa del injusto desplazamiento y hasta del olvido por parte de la crítica literaria que ha sufrido la vasta producción de Marcel Pagnol.

Sus cuatro tomos de recuerdos que llevan por título general *Souvenirs d'enfance*, la novela *L'Eau des collines* y sus primeras comedias (*Topaze*, *Marius* y *Fanny*)¹, conforman el principal legado literario del autor. A través de todas estas obras, le otorga protagonismo a su región originaria a través de relatos ambientados en el sur de Francia, en los Alpes de Provenza, específicamente Marsella y algunas ciudades aledañas. Personajes, diálogos, paisaje, costumbres, “espíritu” son recreados con una fidelidad encantadora superando el temible “color local” por medio de una maestría narrativa admirable. Marcel Pagnol es, por sobre todas las cosas, un excelente “*conteur*” y lo demuestra no solo mediante la invención de las historias sino también con la creación de ambientes y diálogos y la cuidadosa elección del tono.

Tal es el caso de LOS APESTADOS (en francés: “Les pestiférés”) que forma parte de su último volumen de recuerdos de infancia titulado *Le temps des amours* publicado en 1977, póstumamente (aunque existen también ediciones autónomas). El capítulo funciona por sí mismo como un cuento o leyenda. Viene a justificar el nombre de una caverna que existe en las colinas de los alrededores de Allauch, ciudad vecina a Marsella, caverna conocida como “la baume des pestiférés”, es decir: la gruta de los apestados. ¿Por qué se llama así este lugar? Porque, según la leyenda que ofrece Pagnol a través de su personaje Monsieur Sylvain, allí vinieron a refugiarse durante la gran peste de Marsella de 1720 los miembros de una pequeña comunidad que, viendo amenazadas vidas y bienes,

¹ Es posible ver en YouTube [La trilogie marseillaise \(Marius, Fanny, César\)](#) tanto las versiones originales de los años '30 cuanto las *remakes* de los 2000... También es posible encontrar otras producciones como *Topaze*, *Manon des sources*, *Jean de Florette*, *La femme du boulanger*. Todos los films, extraordinarios.

decidieron abandonar sus viviendas y refugiarse fuera de la ciudad a la espera de que la epidemia terminase.

Efectivamente, el relato hace referencia a un hecho histórico bien conocido y documentado que constituyó el 28° brote de peste bubónica que azotó a esa ciudad mediterránea desde la Antigüedad. Recordemos que –ya desde los romanos- Marsella fue un importantísimo puerto que vinculaba comercialmente el sur del continente europeo con las ciudades asiáticas de Levante. Y recordemos también que la peste bubónica era un problema endémico en ciudades de Siria y Líbano por lo que desde allí llegó a Europa muchas veces a lo largo de los siglos a través de los navíos que transportaban telas y otros productos. En mayo de 1720, precisamente, el mal llegó escondido en unos rollos de algodón y de seda.

Marcel Pagnol se basa en este hecho para contarnos cómo fue que algunos vecinos consiguieron evadir la peste y salvarse. El relato tiene una apariencia muy formal, pues es presentado con gran conocimiento y respeto por las referencias históricas. Pero al mismo tiempo es muy divertido, porque Monsieur Sylvain –el narrador elegido por Pagnol- impregna la narración de juegos de palabras, dobles sentidos, exageraciones, ironía, humor negro e interpretaciones inesperadas como la siguiente conclusión: “Hizo tomar el remedio a catorce personas que murieron de inmediato, lo cual fue la causa de que ya no quisiéramos que el médico viera a otros enfermos”.

De principio a fin, el relato está plagado de guiños humorísticos que nos arrancan una generosa sonrisa mientras leemos. Solamente recordaré con más detalle un momento particularmente jocoso relacionado con el destino del pañero, personaje que se niega a acatar la medida de encierro y confinamiento dispuesta contra la peste por el médico del pueblo. Una mañana, este terco, orgulloso y desobediente personaje decide dirigirse al centro de la ciudad con toda su familia; a la noche regresa al pueblo: su mujer e hijas, muertas y él mismo, contagiado y moribundo. Por supuesto, ningún vecino quiere auxiliarlo, nadie se le acerca. Y el médico, Pancracio, en el colmo de la sangre fría y el pragmatismo, pone en práctica una idea inimaginable pero totalmente hilarante. Traduzco:

-“Don Combaroux, dijo Pancracio, todavía le queda un poco de vida... Haga un esfuerzo y trate de sentarse en los escalones de la entrada de mi casa, con la espalda apoyada contra la puerta...

-¿Para qué? – preguntó con dificultad el moribundo.

-Será una buena acción, dijo Pancracio, la última de su vida, porque sus despojos asustarán a los bandidos que puedan venir a atacarnos. Y así, usted les salvará la vida a treinta niños que conoce...” Hasta aquí el diálogo.

Para completar el tétrico cuadro, varios hombres protegidos por guantes, capuchas y zuecos ayudan a colocar junto al muerto al resto de la familia y el narrador explicita que “los acomodaron artísticamente”. A partir de ese momento, el conjunto sirvió para ahuyentar a los bandidos que hubiesen podido alterar la paz de los vecinos autoconfinados. Leemos: “Se veía avanzar, sigilosamente, merodeadores famélicos armados de picas y a veces una pistola, en busca de comida o algo para robar... Llegaban hasta la fachada de la casa grande, de pronto se detenían horrorizados y huían corriendo: el buen pañero, negro como un negro, con la cara haciendo muecas por los gusanos, en el centro de su familia momificada, velaba fielmente sobre toda la comunidad”.

De manera que, irónicamente, aquel que casi puso en peligro a la vecindad con su conducta obstinada, terminó protegiendo a todos gracias a su terrorífico aspecto y el de su familia, colocados como una suerte de escultura mortuoria delante de la puerta de Pancracio, en el centro del pueblo.

Esta anécdota ejemplifica el tono humorístico del relato. Sorprendentemente, sirve también para mencionar de paso otro aspecto interesante del texto de Pagnol como es la semejanza que existe entre las conductas y decisiones de 1720 y las que acabamos de experimentar todos –especialmente a lo largo de 2020- a raíz de la reciente pandemia de COVID. Me refiero concretamente a las medidas de higiene y aislamiento. Lo primero que les explica el médico del pueblo a los vecinos es lo siguiente: “... debemos tomar cierto número de precauciones. Por ejemplo, no permitiremos que los niños salgan de los jardines pegados a las colinas, donde ninguna persona extranjera entrará e traerles el contagio. Nosotros mismos y nuestras mujeres no bajaremos más a la ciudad, salvo en caso de necesidad [...]. En fin, todos aquellos que hayan tenido que ir,

a su regreso tomarán un baño de vinagre y se jabonarán de arriba abajo, muy concienzudamente”...

Lo que nos hace pensar que, trescientos años más tarde, las personas seguimos expuestas a los mismos riesgos y que, aunque parezca mentira, no conocemos mejores métodos para hacerles frente.

En fin, Marcel Pagnol verdaderamente nos deleita con una historia llena de gracia y de imaginación. En su relato “Los apestados” el tema se reviste de una comicidad inusitada. La literatura suele abordar la amarga experiencia de la peste acentuando su faceta horrible y angustiosa y los ecos de la lectura sugieren planteos sociales, morales o metafísicos que colocan al hombre frente al problema con profunda gravedad. En ese sentido resulta imposible no pensar en la excelsa novela de Albert Camus, por ejemplo. Nuestro provenzal, en cambio, desdramatiza la situación y, aun cuando no omite nada de su espanto, trata la adversidad con diversión haciéndonos recordar que a través del humor la literatura es capaz de mitigar las más atroces circunstancias.